

el oficial testigo á sostenerle, le murmuró débilmente:

— Yo no soy realista... Amo al emperador como ustedes le aman... Sobre mi corazón verán un ramo de violetas... Las azucenas eran para mi madre... ¡Pobre madre, adiós!

Le ahogaba la sangre: no volvió á decir más palabra.

Un momento despues espiraba en brazos de los dos oficiales, que lloraban.

.....  
Y durante ese tiempo, ella, la buena madre, le esperaba para sonreirle, para abrazarle.

.....  
La señora de Lefèvre no murió. La muerte, que le había arrebatado uno después de otro al esposo y á los hijos, no quiso llevarse á la madre. Vivió largo tiempo, largo tiempo, el talle derecho, los cabellos blancos, muy pálida y siempre tiritando. El dolor la había helado.

---

### Las dos duquesas.

París se halla dividido en dos campos. En el uno se da la palma á Julia Valentina de Contades, duquesa de Chevruse; en el otro, se prefiere á la duquesa de Chaulnes, Galtzin por su familia. Esta última no puede negarse, tiene más numerosos partidarios. Nuestros periodistas caballerescos quieren mejor seguir la bandera de una dama joven, lindísima, graciosa y hechicera, á quien la leyenda convierte en mujer perseguida, que servir á una matrona de cincuenta años pasados, algun tanto despótica, según dicen, y cuya austeridad los espanta. Quizá haya razones para adoptar esta opinión; pero al

mismo tiempo es preciso no olvidar que la duquesa de Chevruse se ha hecho notar siempre por su conducta irreprochable, y que su vida retirada, claustral, sus exageraciones religiosas, son fáciles de explicar en una mujer que ha visto morir sucesivamente á su marido, á su primogénito, el duque de Luines, muerto en la batalla de Patay, y su último hijo, el duque de Chaulnes, que murió hace poco.

Por lo demás, dos procesos van á entablarse muy pronto ante el tribunal civil del Sena y el de los Asises en el departamento del Sartha. Ellos nos dirán de qué lado está el derecho legítimo, á menos, sin embargo, que la cuestión no se embrolle más, lo cual sucede con frecuencia cuando muchos abogados franceses han hablado. Acaso ocurra lo mismo con los abogados de Viena.

Hé aquí el asunto en litigio. Muerto el duque de Chaulnes, su mujer, ó sea la joven duquesa, como la llaman para distinguirla de su madre política, quiso tener sus hijos consigo, que se hallaban en casa de ésta, en la posesión de Sablé, á cinco horas de París. La duquesa de Chevruse se opuso á

ello, y obtuvo desde luego el asentimiento de un consejo de familia y la autorización del tribunal de la Flecha después, para retener en su poder á sus nietos. Consejo y tribunal se apoyan «en la voluntad expresa del marido de quitar á su mujer el derecho de guarda y tutela, voluntad grandemente justificada por la conducta escandalosa de la duquesa de Chaulnes, tanto en Francia como en Italia; escándalos tales que se habían manifestado fuera del círculo de la familia y de la sociedad en que vivía.»

En apoyo además de esas razones, se aducían dos testimonios, de la propia duquesa, dirigidos á su marido, en cuyos escritos «se declaraba ella esposa culpable y madre indigna de ver á sus hijos.»

Por su lado la duquesa de Chaulnes contesta la validez de esos testimonios, que su marido, dice ella, le arrancó con amenazas y pistola en mano. Un periodista ha recogido de su boca la narración de esas escenas de violencia. Dejemos hablar á nuestro colega, ó más bien á la joven duquesa: «Una noche, estando con mi madre política, me

»dijo ésta de repente: «Usted tiene un  
 »amante, y yo sé que se halla en la casa.»  
 »Y diciendo esto se abalanzó como una fu-  
 »ria á la escalera, llamando á las gentes de  
 »casa. Al propio tiempo entró mi marido  
 »con un revólver, buscando por todos los  
 »escondrijos de mi habitación. En seguida,  
 »amenazándome con su arma, me dirigió  
 »estas palabras: «Voy á presentar queja de  
 »adulterio; las gentes serán testigos de este  
 »escándalo, y se la apartará á usted de sus  
 »hijos. Yo tengo el derecho de matarla, y  
 »si usted se niega á pedirme perdón públi-  
 »camente, la mataré.» Vista la violencia  
 »que se me hacía, por evitar otra mayor,  
 »consentí en presentarme en la capilla, y  
 »ante la servidumbre supliqué á mi marido  
 »que olvidase lo pasado, y que no promo-  
 »viese querella fuera de casa, porque yo no  
 »podía conformarme con una separación  
 »pública, cuyo escándalo recaería sobre  
 »nuestros propios hijos. Creí que con esto  
 »me dejarían vivir en paz. Pero todo fué  
 »inútil; cuanto yo más cedía, tanto más  
 »exigían de mí. Lo que querían era mi  
 »muerte, mis bienes, mis hijos, y por eso,

»á causa de ellos, tuve la flaqueza de ceder  
 »á mayores y nuevas amenazas. Por con-  
 »servarles una madre, y madre de reputa-  
 »ción intacta, he firmado los papeles que  
 »me presentaron, humillándome ante mi  
 »esposo y madre política.»

Tal es la causa civil que va á entablarse en el tribunal del Sena, entre ambas duquesas, la joven y... la otra, y sobre todo entre los dos abogados, Durier por la primera, Betolod por la segunda.

No es posible escribir este nombre de Betolod sin concebir cierto temor con respecto á la señora de Chaulnes. Ese mozo, de alta estatura, flaco, ascético, muy rico, muy independiente por su fortuna, amigo de todos los magistrados, y que, segun una expresión francesa, «es oído en la corte,» es, por cierto, terrible adversario. Es más bien un fiscal acusador que abogado defensor. Olvida la causa de sus clientes para mejor atacar á los enemigos. He tenido ocasión de verle actuar en un asunto de la misma índole que el año pasado conmovió á todo París, y en el que se mostró brutal y cruel al exceso hacia una madre que reivindicaba

la guarda de sus hijos. Aquélla era morena, y es probable que tratará de igual manera á la rubia duquesa, afirmando así que él no observa preferencias ni por rubias ni por morenas, y que las más lindas cabezas del mundo no son para él sino cabezas de palo, sobre las cuales golpea á puño cerrado. ¡Y qué puño!

El otro proceso, en el tribunal de los Asises, en el cual la señora de Chaulnes aparecerá sin duda como testigo, se refiere á la tentativa hecha de apoderarse de los niños, en la posesión de Sablé.

El mes pasado, á la hora en que de ordinario la duquesa de Chevruse se dirige á la iglesia, tres enmascarados penetraron en el parque de la quinta de Sablé, con intención de poner la mano sobre las criaturas. Pero había un traidor entre ellos, Enrique, el lacayo de la Duquesa. Mediante una suma de 1.000 francos, había vendido el secreto del complot á su ama, quien tomó sus precauciones. En vez de los párvulos que ellos esperaban encontrar en el parque, Brekmeister, un belga, jefe de la banda, y Guyot, su cómplice, se encontraron frente á

frente de un grupo numeroso de domésticos, dispuestos é echarles el guante. Brekmeister logró escapar, pero Guyot fué cogido y está en la cárcel. Él es quien aparecerá ante los Asises.

Lo probable es, aunque faltan pruebas materiales, que la señora de Chaulnes ha sido la instigadora de ese rapto abortado. ¿Quién podrá censurar á una madre á quien le quitan sus hijos, que trate de recobrarlos?

La duquesa de Chaulnes descende de ilustre raza. Pertenece á la noble familia de los príncipes de Galitzin, que se señalaron durante el siglo xvi en la diplomacia, el ejército y las bellas artes. Boris Galitzin administró el gobierno de Rusia durante los viajes de Pedro el Grande; Miguel Galitzin el feldmariscal, corrió á la muerte al grito: « ¡Por Dios y por el czar! » absolutamente como Miguel Strogoff; Nicolás Galitzin fué un músico de talento, á quien Bethoven dedicó sus últimas obras; en fin, Jorge Galitzin, que vivió largo tiempo, en Alemania, estableció en su casa una escuela musical, de la cual salieron los mejores coristas de Europa. Él dirigía por sí mismo los concier-

tos y bajo su propio nombre, y compuso varios métodos de canto y muchas óperas. El arte no le impedía atender á sus deberes militares; fué gran chambelan del emperador de Rusia, y concurrió á la guerra de Crimea.

Bien vale esta nobleza la nobleza de los Chevruse, y como ellos pretenden, no hicieron tanto honor á la señorita de Galitzin con aliarse á ella. El honor era recíproco, los títulos, con escasísima diferencia, iguales. La riqueza, sin embargo, no era igual. Los Galitzin eran relativamente pobres; los Chevruse poderosamente ricos. La Duquesa no se fijó demasiado en esa cuestión de dinero, con tal de tener lindos sucesores. La añeja sangre de los Rohan se había ido empobreciendo de generación en generación; era preciso renovarla: y ¿quién podía convenir mejor para alcanzar ese resultado que la bella princesa de Galitzin, esta rubia pálida, admirable de formas, este tipo soberbio de la hermosura slava? La escogieron, pues, más por hacer de ella una madre que una esposa, y la arrastraron á la posesión señorial de Sablé, que debía ser su prisión,

y donde la rodearon, como dice ella, de carceleros, espías y grilletes.

Esos grillos, esos espías, esos carecleros, ¿no han aparecido mucho más tarde, cuando la linda señora de Chaules ha dado muestras de querer buscar alguna distracción fuera del recinto del domicilio conyugal? ¿Ha olvidado ella que los primeros años de matrimonio fueron de gran movimiento, que su marido la adoraba, hacía sus caprichos y no le escaseaba diversiones y festines?

Pronto sabremos la verdad sobre estas acusaciones mutuas; pero, ¿no habría sido mejor ahogarlas dentro de la familia, y no hacerlas públicas, en interés mismo de las criaturas, cuya posesión se disputan hoy día? ¡Ay! Ellas serán las primeras víctimas del proceso que va á incoarse? ¿Por qué no consultarlas, por qué no hablar á sus pequeños corazones infantiles, por qué no decirles lo que pasa? Quizá á fuerza de caricias y de lágrimas, ellas habrían reconciliado á las dos duquesas, á su abuela y á su madre.

Los pequeñuelos hacen á veces milagros.